

habitacion y cae como una masa de fuego. Allí encuentra algun socorro en las manos de su tia que le servia de madre, y de una vecina á quien amaba como á una hermana, quienes arrancaron de su cuerpo los restos abrasados de sus vestidos. Por el amor que tenian á su hija y hermana adoptiva, vencieron estas señoras los grandes dolores que sentian, porque sus manos estaban horriblemente quemadas.

En fin, la desgraciada jóven fué colocada sobre un lecho, y hasta dos horas mas tarde no fué que su marido y su vecino volvieron de un castillo de la vecindad. Yo no puedo pintar los tormentosos sufrimientos de la desgraciada víctima, cuyo cuerpo, no era sino una horrible llaga, ni la desesperacion de los dos recién venidos. Los médicos se les habian adelantado y estaban ocupados de la curacion de estas horribles quemaduras. Desde la primera vista habian dado su terrible sentencia: habia cien probabilidades de muerte y una sola de vida; tan grandes habian sido los estragos del fuego!

Pero Angela nació protestante, queria morir en el culto de sus padres, y lo repetia á muchos allegados. Ellos se volvieron mas tímidos, y no se atrevian á pintarle la dicha que tendrian en verla abrazar la fé católica, la fé de todos aquellos á quienes amaba, y que la rodeaban.

Con este humano temor, ¿quién la arrancará del error? ¿Quién la pondrá sobre el verdadero camino del cielo? Será Dios mismo.

Una piadosa y santa vecina, hija de un cristiano, digno de los antiguos dias y encanecido en los campos, despues de haber orado, y comulgado con toda su familia, hizo colocar una medalla bendita de la inmaculada Reina sobre el lecho de la enferma.

La mañana siguiente, despues de haber pasado dos horas en implorar á Dios en la capilla, volvió de nuevo á intentar la gran obra. . . . Pero no era todavía el momento de la gracia. . . . Habiendo dicho un amigo á la desgraciada jóven: Besad esa medalla, ella os curará; la jóven protestante habia respondido: Mi religion me lo prohíbe.

El mismo dia preguntó, donde estaba su familia, y habiéndole dicho, que todos estaban en la capilla con el cura, rogando por ella, añadió: ¡Ah! . . . yo quisiera bien poder rogar, pero sufro mucho. Decid solamente: DIOS MIO, TENED PIEDAD DE MI, respondió el católico, y veréis como esto os aliviará.

Mas tarde, dijo á aquel que le habia dado el consejo: He ensayado vuestra corta plegaria; y me ha causado bien.

—¿Pues siendo así, querreis que roguemos en alta voz, cerca de vuestro lecho?

—Sí quiero.

Entonces, los tres católicos se arrodillaron cerca del lecho, y uno de ellos, con una voz bien dulce, recitó el Padre nuestro. Despues de esta primera oracion, miraron á la pobre agonizante, y vieron que su vista estaba un poco menos contraída por el sufrimiento.

—¿Convendrá continuar?

—Sí: me ha hecho bien.

Entonces, se recitó la salutacion angélica; esta oracion, *Dios te salve María*, que los protestantes no tienen en su ritual, lejos de desagradarle, esparció todavía una dulce expresion sobre sus facciones, y por un pequeño signo de cabeza, dió á entender, que no le desagradaria continuar; el *confiteor* y el *credo* siguieron, pues. Comenzó á tomar gusto por nuestras oraciones; este era un gran paso; y como era entonces de mañana, la persona que oraba en alta voz, se puso á recitar las letanías del *Santo Nombre de Jesus*, y Angela, despues de haber escuchado las primeras invocaciones, cuando se llegó á estas palabras: *Jesus, que eres el esplendor de la luz eterna*, dijo con los asistentes, *tened piedad de nosotros*.

Y mas despues, cuando oyó estas palabras: *Por vuestra agonía, vuestra pasión y vuestra muerte*; repitió, *libranos, Señor*.

Terminada esta oracion de la mañana, Angela se sintió verdaderamente mejor; una especie de calma, seguida de una soñolencia, sucedió á sus violentos dolores.

No habiendo podido, á causa de su estrema debilidad, pasar al cuello la medalla de la Santa Virgen, la habia arrimado mas cerca de ella. La aproximacion de la noche, la llenó de miedo; mientras el dia, gozaba un placer en mirar al sol (sucede frecuentemente á aquellos que pronto van á descender á las tinieblas del sepulcro, que no se sacian de luz). Así, cuando la oscuridad de la noche se hizo mas espesa, pidió que se le encendiesen velas.

Se habia orado todo el dia por ella; por ella tambien se rogó toda la noche. . . . En estos momentos de inquietud y de angustia, se quiere en algun modo obligar á Dios, para arrancarle la prolongacion de los dias de aquellos á quienes amamos.

Es sin razon, que algunos pretenden, que no hay mas que los dias felices, que pasan con mucha rapidez. . . . ¡Oh Dios mio! Tambien pasan bien rápidas las horas y las noches pasadas cerca de aquellos seres queridos, que estamos amenazados de perder.

En algunos momentos, el moribundo parece dormir: sus grandes ojos, cuya mirada es tan escrutadora y penetrante, se cierran de tiempo en tiempo, y su cuerpo parece no sufrir. Cuando vienen semejantes sueños á un enfermo, es preciso guardarse de turbarlos; porque es frecuente

mente entonces, cuando Dios habla á aquellos que están próximos á abandonar al mundo: cuando sus ojos no nos ven, cuando sus oídos no nos oyen, puede ser que ellos vean y oigan cosas más allá de la tumba.

Yo no sé si Angela tuvo de estas visiones allí; pero de lo que sí estoy convencido, es de que, durante esta noche, la gracia divina no le faltó.

Apenas despuntaba el día, vió los que paseaban por el parque y seguían por debajo de su ventana, y dijo á los que la velaban: Ved allí la hija del buen general, que viene á la capilla; vá á rogar por mí. Después de un instante de silencio, dijo á su camarera: Cuando bajéis, decidla que suba á verme.

En efecto, la piadosa y buena vecina del castillo, aquella que tenía tan gran confianza en la medalla de la inmacula Concepcion, habia venido á oír la misa del cura, que desde la desgracia de Angela y de su familia, no habia abandonado un instante sus aflijidos amigos, reemplazándolo en la parroquia uno de sus co-hermanos: después de la misa, el sacerdote habia prolongado su accion de gracias y permanecido en oracion: así estaba, hacia más de una hora, pidiendo al Dios que resucitó el hijo de la viuda de Naím y la hija de Naír, hiciese renacer á la vida eterna aquella que iba á morir para el mundo.

Pensando en el dolor de su familia, él suplicaba también á la Virgen, consoladora de aflijidos, viniese en ayuda de la pobre Angela, que le habia rogado la víspera.... De improviso el hombre de Dios sintió renacer dentro de sí mismo una repentina y viva esperanza.... Levantándose entonces, sale de la capilla, y encontrando en la escalera á alguno del castillo, le dice: Tengo buena esperanza; la medalla traerá la dicha.

Mientras que esto pasaba, tres personas, que no querían desesperar, oraban redoblando su fervor, cerca del lecho de Angela, cuyas fuerzas declinaban rápidamente. La santa hija del general, inclinada sobre ella, recitaba una oracion á la Virgen inmaculada. En este mismo instante, el cura llegó á la puerta de la cámara, y atravesó el umbral. A su vista, levantando Angela un poco la voz le dijo: Aproximaos, pues, mi querido cura, tengo necesidad de conversar con voz.... ¡Oh! entonces el corazón del digno sacerdote, se desbordó de alegría, y no fué sin una profunda emocion, que se aproximó al lecho, haciendo señal á las personas presentes de retirarse, y de dejarle solo con la enferma.

Habia ya algún tiempo que estaban juntos, cuando el vecino de Angela, ignorando la realizacion de todas estas esperanzas, dió algunos pasos en la cámara, y vió al ministro de Jesucristo, pronunciando sobre la penitente las palabras sacramentales que absuelven los pecados. Reconociendo á su vecino, Angela, con todo lo que le quedaba de voz, se apresuró

á decirle: Aproximaos, aproximaos, vos, que me habeis amado siempre como vuestra hermana. Al presente, yo soy católica, como vos; nosotros creerémos, nosotros rogarémos siempre juntos.... A estas palabras, M. de \*\*\* se lanza sobre el lecho é inunda de lágrimas de dicha, el rostro encantador de la jóven neófito.

Rápida como el rayo, la buena y gran nueva de la conversion se esparce en la vasta morada. Entonces, todo el mundo se apresura á correr....; y en esta cámara, antes tan triste, tan lúgubre, se manifiesta ahora todo el delirio de la dicha. Uno se precipita de rodillas, otro se levanta, quién se felicita, cuál estrecha la mano, se llora de alegría, se abrazan....

El reflejo de una dicha tan viva y santa, se ve sobre las facciones de la jóven moribunda, y la mañana siguiente, como si hubiera sido curada, se cantó un *Te Deum*.

Entre tanto dos cosas van á marchar de frente: el mal que debilita y abate el cuerpo, y la gracia que fortifica y eleva el alma. El sufrimiento dá como un poco de reposo á la enfermedad, y el cura aprovecha estos cortos instantes de descanso, para preparar á la jóven catecúmena.

Como el peligro, según el atestado de los médicos, es siempre inminente, la absolucion, el Bautismo y la Estrema-Uncion, reparten en algunas horas, y á oleadas tropelosas sus tesoros sacramentales, en el corazón que de ellos tuvo sed, y que los ha pedido. Si, este corazón era digno de recibirlos; porque desde el momento en que estos divinos beneficios han sido esparcidos, Angela ha sentido la necesidad de hacerlos resistir sobre los católicos que la rodeaban, prodigándole sus cuidados, cuando uno de ellos le dijo: "Todo el que habita en el castillo, se ha alegrado de teneros por hermana en la fé, y esta mañana en la misa se ha orado y se ha comulgado por vos." Ella ha preguntado á la persona que le contaba estas conmovedoras muestras de interes y de afeccion.

—¿Y vos?

—Yo he rogado con toda mi alma.

—¿Cómo? ¿Os habeis confesado.... habeis comulgado....?

—Todavía no.

—¡Oh! hacedlo en seguida..... Prometedme llenar este deber.

—Os lo prometo.

La solemne promesa ha sido cumplida.

Tan jóven, no creía, á pesar de sus horribles tormentos, que la muerte estaba tan próxima. En esta ilusion, podia haber dejado para más tarde estas exhortaciones de su celo: pero no; el nuevo fuego sagrado era demasiado ardiente en su alma, para que no intentase reanimar los cató-

licos que veia tibios en su fé. Sentia mucho su dicha, para no querer dividirla con aquellos á quienes amaba. Así, hizo jurar á su marido, que luego que ella estuviese mejor, vendria á arrodillarse con ella en la santa Mesa. Todavía lleno de la esperanza que ella alimentaba, le hizo el juramento que ella exigia de él.

La mejoría no vino; pero el juramento ha sido cumplido. Todo este celo de la nueva católica, era su amor por nuestro Dios que se lo daba, y no el temor de la muerte; porque, lo repito, ella no creía morir. Lejos de ello, entreveia aún una larga vida ante ella; esperaba el día en que entraria en esta iglesia de la aldea, donde protestante habia venido muchas veces á cantar los himnos católicos, con todos los suyos.

Ay! La primera vez que ella entró como católica, fué en su ataúd. Despues de algunas horas de dolores menos agudos, que le habian permitido hacer brillar á los ojos de todos, la sinceridad de su fé y el ardor de su piedad, habló menos, y el estado de soñolencia y de postracion reapareció con los signos mas alarmantes. Sus palabras, mas raras, comenzaron á hacerse incoherentes..... Las llamas que habian hecho de su cuerpo una sola y profunda llaga, le habian dejado el rostro intacto, pálido y blanco como el márfil: habia conservado su belleza; sus ojos nada habian perdido de su mirada tierna y espresiva; y cuando la fijaba sobre algunos, apenas se la podia resistir, porque penetraba hasta el fondo del alma, como para descubrir lo que se pensaba de su estado.

Cuando cerraba sus párpados, frecuentemente se le veian mover los labios, y en algunos momentos se le escapaban algunas palabras. Sus manos abrasadas, ennegrecidas por el fuego, y vueltas disformes, no permanecian en quietud.... Tenia el aire de pedir alguna cosa. Entonces, sus parientes, sus amigos, la rodeaban, la besaban, la inundaban de sus lágrimas.... En uno de estos instantes de agitacion, con una poca mas de fuerza en la voz, pronunció distintamente estas palabras: *¡Morir!* *¡Morir bien joven!*....! Pero *¡oh mi Dios!*....! *¡El cielo!* *¡El cielo!*....!

Despues de estas palabras, se cerró su boca para no volverse á abrir. La muerte vino á poner allí el sello del silencio, que no será interrumpido hasta el gran día de la resurreccion.

Dos días despues de esta muerte tan radiante de gracia y de predestinacion, un largo cortejo de sacerdotes con sobrepelliz y el cirio en la mano, precedia al coró fúnebre, seguido de los parientes de la difunta. Detrás de ellos venian los propietarios de los alrededores, y los paisanos de las aldeas y quintas de la vecindad. Esta pompa mortuoria estaba en armonía con los sentimientos de todos.

Muy frecuentemente los funerales son seguidos con ligereza; pero esta

vez todas las almas habian sido conmovidas tan fuertemente, que la impresion producida por la muerte de esta jóven muger, devorada en su primavera, estaba pintada en los rostros de todos. Los pasos, y los patios principales del castillo, la vispera todavía estaban todos esmaltados y adornados de rosas y de flores.... Este riante y gracioso aspecto, habia como insultado la desgracia, la tristeza comun. Así, la tia de Angela, mejor dicho, la madre, habia ordenado que durante la noche todas estas flores fuesen cortadas.

En la concurrencia que he visto en estos funerales, habia un sentimiento de viva y grande compasion, al recuerdo de tantos y tan crueles sufrimientos; pero al lado de esta compasion, brillaba la seguridad de la salud del alma, por la cual se venia á rogar.... Se decia: Seis días de horribles tormentos; pero en cambio, toda una eternidad de dicha y de delicias.... Y con el corazon se bendecia á Dios.

## SEPULTURAS.

Creemos haber demostrado en las páginas que acabamos de escribir sobre el sacramento de la Estrema-Uncion, cuánto realza la religion la dignidad del hombre, cuando ella viene á untar su cuerpo del aceite de salud; es en el momento en que vamos á caer en el polvo, en la tumba, y no sé qué otro nombre darle, cuando los sacerdotes de Jesucristo vienen á señalarnos para la eternidad.

Cuando nuestra alma fortificada así, ha abandonado la tierra, y que nuestro despojo mortal queda allí, como un vestido usado, la Iglesia, acordándose de todos los cuidados que nos ha prodigado durante nuestra vida, no nos abandona despues de nuestra muerte. No mirando en nosotros mas que nuestros fines divinos, multiplica las oraciones y las honras al rededor de nuestras tumbas.

“La religion, al ocuparse de los funerales de algun poderoso de la tierra, no creais que falte á su grandeza: mientras mas desgraciado haya sido el sugeto llorado, mas brillará de pompa al rededor de su sepulcro, mas elocuentes serán sus lecciones. Ella sola podrá medir la altura y la caída, y decir las cumbres ó los abismos, en donde caen y desaparecen los reyes (1).”

(1) Genio del Cristianismo.